



Durante el año lectivo anterior yo cumplía funciones como coordinador del Programa del Diploma de Bachillerato Internacional en la Unidad Educativa Particular Sagrados Corazones de Rumipamba. En medio de las exigencias de los docentes y del programa, me encontraba tratando de apoyar a los estudiantes de 3º de Bachillerato para que no decaeran y no se dieran por vencidos al acercarse los plazos de entrega de sus trabajos.

En la etapa final, un grupo de estudiantes solía ingresar a mi oficina con sus computadoras para avanzar en sus ensayos e investigaciones, y mientras trabajaban comentaban sus experiencias, reían y comían dulces. Los vi reír, preocuparse, desanimarse y volverse a motivar; los vi llorar, secarse las lágrimas y volver a empezar. La consigna era: “Ven, siéntate,

deja salir lo que sientes, sécate las lágrimas y continúa”.

Hace un par de días, una exalumna me llamó, me dijo que pasaría por el colegio y que quería saludarme y agradecerme por la forma en que la apoyé en su período final del colegio. Esto me llevó a reflexionar sobre la labor docente, que muchas veces no es valorada como debiera ser. No obstante, existe una valoración mucho más grande, que es la gratitud. En efecto, como docentes no siempre alcanzamos a dimensionar el impacto en las vidas de las personas con las que diariamente nos cruzamos en aulas y pasillos. Sin embargo, con el pasar de los años, nosotros mismos empezamos a reconocer también lo que nuestros docentes lograron influir en nosotros. De igual forma, nuestros alumnos nos regalan una de las más grandes recompensas que

puede recibir un docente: un gracias.

Cuando te encuentres con uno de tus profesores en la calle, en un evento o en cualquier lugar, acércate, identifícate y agrádecele. Y no te sientas mal si quizás no te recuerda. Es porque ha convivido con más de cien alumnos por año lectivo. Este encuentro podrá ser un obsequio tuyo que seguramente arrancará una sonrisa en él o en ella, y que le reanimará su pasión por educar. No por nada estamos en esta actividad buscando de corazón que lo que hacemos sea de verdad útil en sus vidas.

Como docentes no siempre alcanzamos a dimensionar el impacto en las vidas de las personas con las que diariamente nos cruzamos en aulas y pasillos.